

Libertad

“LA LIBERTAD SE HA HECHO CONSERVADORA...”, (Maura)

Año III

Redacción: Juventud Maurista
Administración: Reina, 4 principal

Salamanca 29 Abril 1915

Salamanca, trimestre... 1,00 peseta.
España, idem... 1,00 —
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 111

EL CAUDILLO SE REINTEGRA A SU PUESTO

LA CONFERENCIA DEL TEATRO REAL

HABLA EL TRIBUNO

La colectividad. El veredicto social.

El Sr. Maura: Estos aplausos, que agradezco, y estas aclamaciones comprueban el acierto de la Juventud, que convocó, en vez de una serie de actos políticos de combate, una serie de conferencias que convidan a la reflexión serena, al examen frío de los grandes problemas nacionales y de los deberes que todos hemos de cumplir para con la Patria, porque la política, como la religión, como la familia, apasiona a los hombres, y la pasión no es buena consejera; apasiona a los hombres, porque envuelve la vida entera y no deja exenta la conciencia ni libre el corazón; apasiona, porque las causas políticas en los hombres se personifican, y es inevitable que en aquel que encarnan las convicciones propias se sumen perfecciones y cualidades que no tiene y que le atribuyan facultades y poderes que jamás alcanzó la voluntad humana. (Grandes aplausos).

Un hombre en la política nunca podrá hacer nada, porque las obras políticas, o no son, o son colectivas. Necesitan las colectividades quien las dirija; necesitan las voluntades colectivas quien las ejecute; pero no ha habido en la Historia jamás un hombre que sin una colectividad que resuelta y firme y decididamente le apoye haya realizado jamás obra alguna que sea digna de recuerdo. Por eso no es a mí, sino a la imagen de vuestras convicciones, a quien aplaudís.

A los adversarios todavía es más difícil hacerles justicia, porque son muy complejas, son muy inescrutables desde fuera las impulsiones de la voluntad y del espíritu humano, y por esto lo que más se ha de recomendar es que de los adversarios se entregue el juicio a la opinión pública, que tiene un veredicto infalible casi siempre, y, cuando él se equivocara, otro veredicto hay que es irremisiblemente cierto y justo, más formidable para los que viven olvidados de él. De modo que no venimos aquí a combatir, no venimos sino a estudiar serenamente un tema que, en efecto, a la reflexión y no al combate convida.

Entre Dato y Maura hay, realmente, un abismo. Maura es un hombre íntegro, a quien no se le puede combatir en este terreno. Dato... Dato, políticamente, está corrompido.

Giner de los Ríos.
(Republicano radical).

El ideal nacional.

Venimos a razonar tranquilamente sobre ideales políticos y patrióticos de la nación española.

Se ha dicho en el curso de estas conferencias, de cuyo desenvolvimiento yo no quiero hacer alabanzas, porque se las ha tributado no colmadas, porque más merecían quizá, pero cumplidas, la asistencia a cada una de ellas, se ha dicho que a España le falta un ideal colectivo que sea impulsión y norte y aglutinante de todos nuestros esfuerzos y de todos nuestros anhelos, como, por ejemplo, España misma le tuvo durante la reconquista; como, por

ejemplo, Italia ha tenido el aliciente, el estímulo, el norte de su unidad: como Inglaterra ha tenido el del poderío del mar. El hecho es cierto; pero sería una gran equivocación creer que por eso España sea una nación sin ideales, porque entonces España sería, no un pueblo muerto, sino la memoria de un pueblo que fué; porque los ideales son la vida misma; porque no hay personas sin albedrío, ni albedrío sin ideal; porque el ideal es el cumplimiento del fin de la existencia. (Muy bien; muy bien).

Lo que hay es que los ideales se descomponen en unas series escalonadas, de cuyos términos los cercanos eclipsan los remotos. No le preguntéis al niño por los ideales de su edad adulta; no le preguntéis al enfermo por los ideales que perseguirá, que acaso cumplirá, que seguramente cumplirá en la plenitud de sus fuerzas.

España enferma.

España es una nación enferma; a España hay que preguntarle por el ideal inmediato; ideales políticos son ideales realizables; si no, no son políticos, son quimera, son ideales proporcionados con las fuerzas y las circunstancias. Siendo España una nación enferma, y de la enfermedad voy a hablar y también del remedio, el ideal de España está trazado con la enfermedad misma: el ideal de España es sanar de su dolencia. (Muy bien. Aplausos.)

Y una vez recobrada la personalidad y recobrado el ideal, lo demás viene por añadidura, porque el ideal está en las intimidades étnicas del alma nacional y alzan el vuelo cuando llega la plenitud de su tiempo.

Pues qué, Alemania (la hemos visto formarse los que pertenecen a mi generación), Alemania, antes de ser lo que es, lo que rápidamente ha venido a ser, ¿soñaba en colonias, soñaba en poder marítimo?

Cuando ha sido, los ideales han brotado espontáneamente, porque son condiciones y circunstancias, complemento de la vida misma.

La Historia enseña.

Pero si tenemos nosotros en la propia Historia un ejemplo que también se ha citado en estas conferencias, sobre el cual conviene detenerse. La España del siglo xv la España de Juan II y Enrique IV es conocida de todos. Cada vez que avanza la indagación histórica con nueva luz, se penetran y se divulgan y se aclaran los abismos de anarquía, de desconcierto, de disolución de aquella Castilla arrasada por bandidos, por medio nobles y medio bandidos, sin poder real, sin autoridad, sin justicia, sin orden, sin vida económica, sin posibilidad de aliento. Corría ya la segunda mitad del siglo cuando la cabeza noble de D. Alvaro de Luna rodaba bajo el hacha del verdugo en la plaza del Ocho, de Valladolid. Doce años después, la imagen escarnecida de Enrique IV rodaba por el tablado Avila. ¿Queréis que baje más el poder público y que suba más la anarquía? (Grandes y prolongados aplausos.)

Pues no habían transcurrido cuarenta años, desde luego no había transcurrido medio siglo, y se unían los reinos de Aragón y de Castilla, y era tomada Granada, y Colón descubría América, y Gonzalo de Córdoba conquistaba el título de Gran Capitán en Italia, y Cisneros desde Túnez hasta Alcazarquivir realizaba el pensamiento de la Reina católica. ¡Cuarenta años, que son en la vida de un pueblo un amanecer! (Grandes aplausos.)

Quien le hubiese preguntado a los castellanos de mediados del siglo xv por sus ideales, ¿habría obtenido respuesta, aun por muy optimista, que se asemejara a la realidad? Y quien hubiera profetizado lo que sucedió, ¿no hubiera sido tenido por demente? Y sucedió; y sucedió porque eran los mismos pueblos, era la misma Constitución política, había la misma gente, no había sucedido más que una cosa, y es que Castilla había eliminado la ponzoña que detenía su corazón (Muy bien), que se había constituido un Estado en Castilla, y el Estado y la nación estaban juntos, y por eso era un pueblo, y por eso vivía, y por eso llenaba el mundo de gloria. (Grandes aplausos). Pues aquella dolencia la vamos a ver, la vamos a palpar esta tarde; aquella dolencia es la que tiene la España de 1915. (Grandes y prolongados aplausos y vivas a España y a Maura).

Salvados todos los respetos que se deben a las altas mentalidades del Sr. Maura y del Sr. Azcárate, ¿qué otros hombres quedamos que políticamente no nos podamos llamar de tú?

Alejandro Lerroux.

La enfermedad de España.

El divorcio entre el Estado y la sociedad, un divorcio histórico, un divorcio secular que no han curado los esfuerzos que durante el siglo xix hizo una pléyade de hombres ilustres, fenómeno del cual también he de ocuparme.

A aquellas grandezas del siglo xvi sucedió una decadencia que está explicada con sólo advertir que los empeños de la Monarquía española durante esos dos siglos, en gran parte sustentado con el oro de las Indias, de modo que ni en la cooperación del sacrificio popular se adhería a las empresas del Estado, significaba un Estado que marchaba por una órbita, y una sociedad olvidada en las yertas, en las heladas y en las pobres llanuras de Castilla. Y a esto se añadió todavía una desconsiderada, temeraria importación de cosas extranjeras, de cosas exóticas, de cosas imposibles de aclimatar, que todas no fructificaban, pero esquilaban y empobrecían lo que genuinamente, lo que castizamente daba la tierra, y de ese divorcio no he de hablar, porque tuvo una trágica e instantánea comprobación, porque la agresión napoleónica lo puso muy claro, no hay que deliberar ni escudriñar, las Cortes, los gobernantes, las clases ilustradas, las clases directoras de una u otra manera en poder del invasor, y el pueblo, sin Estado, sin guía, sin norte, desquiciado en restos regionales, con sus esencias casi evaporadas, ese surgió, y ese salvó a la Patria.

Hablemos claro.

A pesar de aquella enseñanza, de aquella terrible enseñanza, ha transcurrido el siglo xix, y no se ha establecido la compenetración entre el Estado y el pueblo. España es hoy, no sé si con alguna excepción, el pueblo más desgobernado de Europa. (Aplausos). Es el más desgobernado de Europa, y, sin embargo, decía con verdad el inolvidable D. Juan Varela que él no había advertido, porque no habían existido en España, hombres más ilustres, más patriotas, más dignos de gobernar que los que han gobernado, y yo creo que sería insigne necedad que alguien pretendiera aventajarlos, y que casi ni aun es lícito emularlos en el saber, en la voluntad, en el celo. ¿Por qué, pues, han fracasado? ¿Por qué han fracasado y no ha acontecido con ellos lo que repentinamente aconteció en la época histórica que os he citado, en que de la noche a la mañana resultó que en España había generales y gobernantes, y para todos los cargos y todas las direcciones hombres aptos? Yo creo que no es menester meditar más para advertir que debe de haber algún vicio orgánico, algún descamino fundamental y sistemático que explique este fracaso.

Eso es lo que hemos de estudiar, y lo hemos de estudiar serenamente, haciendo de esta mesa una mesa de disección; porque si no hablamos francamente, si no de-

cimos claramente las cosas, ¿para qué nos hemos reunido? (Muy bien. Aplausos). Vamos a hacer la disección; pero vamos a hacerla con el ánimo inclinado a la enmienda y a la austeridad, no a la recriminación; no vamos a recriminar a nadie, ni a los vivos ni a los muertos; pero de cosas humanas hemos de hablar, porque la política en manos de hombres anduvo siempre y andará mientras el mundo exista.

De modo, señores, que, ya lo veis, no esperéis de mí una disertación ni género alguno de adornos retóricos; no voy a divagar, no voy a inventar nada. Mi ambición hoy es la vulgaridad; deseo decir tantas vulgaridades, que a medida que me oigáis cada uno de vosotros piense: «En efecto, así es», y os acontecerá que notaréis que me quedo corto, y que los complementos mentales vuestros serán mucho más graves que lo que yo diga. No es que yo ignore los complementos; es que el decoro los veda a la lengua.

Monarquía y república. Lucha estéril.

¿Cuál es, cuál ha sido la situación política de España? Y al dirigir la mirada al seno de la nación española descuella ingente y luminosa la Monarquía. ¿Hay alguien que piense que esta Monarquía que, en efecto, está en la Constitución y estuvo en la Constitución precedente, es hija de la Constitución, existe sólo por la Constitución? ¡Ah! La Monarquía es el núcleo de la nacionalidad; sobre la Monarquía se ha formado la nacionalidad; en ella se ha plasmado la vida nacional; es el alma misma de la nación. Por eso el año 1808, de aquellas esparcidas, desmembradas esencias de la Patria, surgió otra vez la Monarquía, que estaba ausente y que acaso en aquel instante no merecía renacer. (Aplausos).

Y esto significa, señores, una lamentable equivocación, porque hace medio siglo que está planteada en España una competencia entre República y Monarquía; como si la Monarquía pudiese tener alguna culpa de las esencias democráticas evaporadas o corrompidas o prostituidas por los pueblos y por los partidos: como si la Monarquía hubiese opuesto algún obstáculo a algún avance en el sentido democrático; como si la Monarquía hubiese de algún modo intervenido en las cosas que vamos a analizar y que son el proceso de la decadencia política de España.

Cuarenta, cincuenta años de lucha estéril, de lucha dislocada, peleando con un fantasma y peleando en vano, porque no se remontan las aguas de los ríos cauce arriba por mucho que se empúje, y bien lo demuestra la realidad. De manera que en España querer construir contra la Monarquía y fuera de la Monarquía, es como un arquitecto que se pusiera a proyectar sin contar con la ley de la gravedad, porque la tradición es la ley de la gravedad, y es, en la Historia y en la política, la ley de la gravedad una fuerza que se combina con todas las demás, que entra en todas las acciones y reacciones, con que tienen que contar los que quieran hacer obra estable. Llevamos en esa porfía perdido medio siglo, y otro medio siglo y otro se perdería si ese error no se rectificase.

Al repeler a Maura, el régimen ha destruido por su propia mano el más firme baluarte del Trono.

Pablo Iglesias.

Necesidad de los partidos.

Otra realidad nacional incontestable, a mi juicio, es que esa Monarquía preside la sociedad más llana, más igual, menos articulada, con menos nervaduras naturales que hay en Europa, porque en España ni sacerdocio, ni milicia, ni aristocracia, ni categoría alguna social lleva iniciada en su ser participación alguna en las funciones públicas ni en la soberanía. Cualquier régimen, cualquier organización de los Poderes sobre la llanura ha de imperar, en el estado llano se ha de apoyar, a las multitudes niveladas ha de regir, y esto significa que necesitará partidos, porque quien abomine de los partidos abomina de la vida, porque en España sin partidos es absolutamente imposible que régimen alguno, Constitución alguna desenvuelva la función de Gobierno; los partidos definidos de la opinión pública, que en cualquier régimen tiene hoy la principal parte en la dirección de las obras de gobierno; los partidos como formación del organismo necesario para gobernar, para transmitir desde lo alto o para recoger desde las esencias populares las determina

galidad para alcanzar el Poder, y esos ejemplos son de aquellos que dejan el muerto en pie, pero que siguen fructificando a través de las generaciones.

Yo tengo del Sr. Maura, aparte de otros méritos que provocan mis alabanzas, la idea de que es un gobernante honrado, un político ilustre y dignísimo, uno de los hombres que han sostenido con mayor firmeza en este país el prestigio y el decoro del Poder público.

Melquiades Alvarez.

La autoridad y el orden.

El concepto de la autoridad. Los partidos de la derecha gobernantes en España durante este medio siglo o estos tres cuartos de siglo a que me refiero han tenido un gran prurito de fortificar los resortes del Poder y han querido mantener firme el principio de autoridad. ¡Ah!; y se les debe por ello mucha gratitud, porque, en efecto, sin un principio de autoridad firme, sin un Poder público que merezca este nombre por ser superior a toda otra energía en la nación, no sólo no hay orden, sino que ni hay libertad ni derecho, porque toda extralimitación que la debilidad de un Poder dejase impune es un agravio al derecho ajeno, y tiene su víctima correspondiente; de modo que el que ame la libertad, lo primero que ha de amar es un poder capaz de sostenerla y defenderla. (Muy bien; muy bien). Pero ese poder actúa de dos maneras: actúa reprimiendo las irregularidades accidentales, dando el ejemplo y la sanción y el escarmiento, pero eso por vía excepcional; como actúa a toda hora, como irradia la paz y el sosiego, y la justicia es virtualmente, es potencialmente, y cuanto menos tenga que actuar con la coacción, mucho más poder, mucho más orden, mucha más libertad. (Aplausos).

Pues bien: esta segunda parte del concepto del orden y de la autoridad, esa no ha solido estar en la concepción de sus deberes de los partidos de la derecha, porque eso no se logra más que de una manera, que es generalizando la ciudadanía, porque el ciudadano es un obediente voluntario, es uno que reclama el respeto de su derecho, y para obtenerlo respeta el ajeno, la ciudadanía es lo que ennoblece la obediencia y dignifica la autoridad. (Muy bien; muy bien).

El abandono de las leyes buenas.

Cuando a mediados del siglo pasado la contextura social hereditaria quedó deshecha, aquellos organismos alrededor de los cuales habían venido formados los núcleos a que inevitablemente propenden las colectividades humanas, las clases conservadoras, las clases altas, las clases inteligentes, las clases distinguidas, tuvieron obligaciones que no conocieron ni cumplieron. Ellas esperaron de los Gobiernos civiles la tranquilidad y volvieron la espalda a la vida pública, y ¿qué aconteció? Que suprimido el contacto popular de las clases directoras, de las que naturalmente formaban ese partido gubernamental de las derechas, quedó franco todo el sector popular de los humildes, de los menesterosos, de los afligidos, a la captación y a la recluta o del fanatismo o de los embaucadores. (Muy bien; muy bien). De modo que mientras dormían los unos, estaban preparándose por los otros los días de sufrimiento y acaso los días de tragedia.

Y, notadlo, es muy reciente, no lo de dar leyes obreras, leyes de tendencia social, que es timbre de que con razón se enorgullece el partido liberal-conservador español, que tomó la delantera a los demás partidos en esta empresa laudabilísima, sino en lo otro, que es asistir personalmente las clases conservadoras a la eficacia de esas leyes; y los Gobiernos, en lo que a ellos les incumbe; eso data de muy poco, sobre todo lo de los Gobiernos, porque es reciente, digo, acumular los desvelos sobre el descanso dominical, sobre la usura, sobre la emigración, sobre la colonización interior, sobre la sanidad, sobre los pósitos, sobre los teatros, sobre las tabernas y sobre tantas cosas que significa toda esa política, sin la cual el contacto de las clases unas con otras se suprime y no queda sino aquel otro arbitrio de la autoridad coactora que hace de los sojuzgados vísperas de rebeldes. (Aplausos.)

A los partidos conservadores, arrancando desde el partido moderado, los envuelve, como a todos, el prurito de erigir en ninfa Egeria de la legislación española el anuario de legislación comparada e introducir e implantar en España leyes totalmente exóticas, leyes sin posible adap-

tación a la sociedad española; y a eso ni resistieron los partidos conservadores, siendo una muy importante misión suya resistirlo, porque todo lo que se conserva de lo castizo, de la íntima propensión popular, de lo que es genio nativo de una raza y de un pueblo, todo eso acompaña, afirma y hace fructíferas las reformas y los avances.

Lo único que pierde al Sr. Maura es su conciencia; es un hombre incapaz de una habilidad.

González Besada.
(Conservador idóneo).

La religión

Pero hay otra nota de más trascendencia, que es el contacto con el sentimiento religioso de la nación española, que es la médula histórica de nuestra nacionalidad, porque alrededor de ese sentimiento, están la reconquista, y las guerras de la Reforma y la misma colonización americana y de todas las Indias, y en la guerra de la Independencia juntas anduvieron, formando e integrando el concepto de la Patria el sentimiento religioso y el amor a la Monarquía. (Aplausos.)

Nadie duda, nadie ignora que yo soy creyente, que lo he sido siempre. (Aplausos.)

Iba a decir que nadie ignora esto; pero había de no serlo, y con ser hombre político tendría bastante para saber que no podría ser política conservadora la que en España no respondiese al sentimiento religioso del país. (Grandes aplausos.)

Las derechas.

Por muchas causas que no son voluntades individuales, inevitablemente, a veces por motivos provenientes de los mismos a quienes luego resultaba el agravio, por muchas causas, los partidos conservadores españoles, empezando por el moderado (estoy hablando de todos los partidos gobernantes de la derecha), no han solido tener y no han solido merecer la íntegra confianza de las derechas, porque el partido gobernante de la derecha española tiene la obligación de representar, con toda la plenitud de representación que sea compatible con la convivencia constitucional, toda la derecha española. (Muy bien, aplausos.) Esto es lo que le da a la Constitución toda su eficacia, porque esto es la íntegra implantación de la Constitución, porque esto le obliga a vigilar que no se remueva ni se tuerza el eje de la ley fundamental, que es el requisito esencial para la paz en esta Monarquía.

En la «semana de Julio», el Sr. Maura respetó todos los derechos.

Gumersindo de Azcárate.

Las izquierdas.

¿Y las izquierdas? Las izquierdas tienen igual obligación; las izquierdas deben representar la totalidad de las opiniones extremas de aquel lado para traerlas a la confrontación constitucional con las derechas. Esa es la representación y esa es la misión de los dos partidos (Muy bien).

¿Por qué las izquierdas no lo han logrado tampoco en lo que a ellas les incumbe? No lo han logrado, no por falta de proclamación de principios avanzados; se ha agotado el repertorio (Risas); se ha agotado el repertorio europeo, no habiendo quizá nación que tenga las leyes, las cosas que existen en nuestra colección legislativa; pero una legislación teórica, mentira. En la realidad, las izquierdas se han mostrado indiferentes a la corrupción de las instituciones democráticas, y no digo que ellas han puesto tanta parte como la que más para la corrupción, porque ahora no se trata de eso. (Risas). Naturalmente, los que participaran de los provechos de esas generaciones, se allanarían; pero las izquierdas de convicción y de ideales, los hombres de doctrinas avanzadas, ¿qué iban ganando con que se mintiese en las leyes lo que se escarnecía en la realidad, lo que escarnecían en la realidad más que nadie los mismos que lo habían llevado a las leyes? (Aplausos). Además, el partido gobernante de la izquierda ha sido y es un partido tan aburguesado y tan abachillerado como el partido conservador (Risas); han prescindido del contacto con el pueblo, ni más ni menos que el partido conservador había prescindido. De manera que, correspondiéndole a él por ra-

zón política atravesarse en el camino de ciertas propagandas, por la abstención de la suya las ha dejado florecer, que es fomentarlas, y cuando han venido horas de comeción sucesoria (Risas)..., pues ya lo sabéis: una inteligencia más o menos aparente con esos elementos extremos y una amenaza a Palacio (Grandes aplausos).

Y luego, un concepto falsísimo de la atracción de las izquierdas, un concepto doctrinalmente equivocado; porque tenemos muchas muestras de que se suele entender por ahí como atracción de las izquierdas convidar a sus gentes a la merienda. (Aplausos). Eso es atraer vividores; la izquierda no se atrae así, se atrae llevando a la política toda aquella esencia de izquierda que quepa en la Constitución. (Aplausos). Yo no me puedo maravillar de que hayan transcurrido los cuarenta años y subsistan a la derecha y a la izquierda de los partidos gobernantes otras agrupaciones y otros partidos; pero esto tiene una consecuencia: todo lo que he dicho tiene una consecuencia, y es hacer... iba a decir imposible, y lo diré: hacer imposible la relación entre los partidos.

El Sr. Maura no es un reaccionario... ¡ni mucho menos! ¡A cuántos se les podía decir con mucho más motivo «¡Usted, no!» Maura no es un elemento del cual se prescinde tan fácilmente como han creído muchos.

Rafael María de Labra.
(Republicano).

Gerencia, pignoración sucesoria.

Normalmente, la relación entre los partidos es muy sencilla: una fidelidad escrupulosa a la significación propia es el nexo entre los que representan la causa política y sus adeptos. Hay un interés en la fidelidad, porque la fidelidad es la bandera, porque es la fuerza, porque es la savia, porque es la vida misma, además de ser la autoridad (Muy bien), y claro es que partido que se apoya en sus adeptos es un partido independiente del otro, es un partido que levanta la frente y que siente dentro de sí una voluntad y una responsabilidad. (Aplausos).

Es claro, a porfía tienen que disputarse el favor de la opinión, que es afanarse por servir la causa pública, y cuando llega la hora en que ha cumplido su misión un partido asimismo se respeta y asimismo se sirve, dejando que prevalezca la opinión nacional y que venga el otro. Esa es la normalidad. Diréis que eso es un sueño; pues esa es la normalidad. Es un sueño, porque hecha y consumada la degeneración, no puede haber nada de eso; porque el partido que tiene la dominación, que tiene la jurisdicción en todos los órdenes y arrodillados bajo su tiranía todos los intereses, y en sus manos el ubérrimo presupuesto, ¡ah!, ese partido no puede ser derribado normalmente; que asome alguien a los comicios y él verá lo que pasa. (Risas). No puede ser derribado, y eso se averiguó hace muchísimos años, hace cuartos de siglo, y por eso las tretas sucesorias, que se han llamado pronunciamientos, sublevaciones, conjuras, disidencias, traiciones, camarillas, rigodones, cualquier cosa. (Grandes aplausos).

Y llegó el año 1909, y estaba enturbiándose la hora de la sucesión, y ya sabéis lo que pasó, que yo no he de referirlo.

Realmente, lo de 1909 es incómodo, es molesto, es desabrido, y se ha inventado una cosa mucho más civil y más urbana, que es la sociedad accidental, con pignoración sucesoria de la gerencia. (Aplausos). Una combinación en la cual uno tiene el grifo y otro el vaso, una combinación de interdependencia, una combinación que hay que reconocer que es la perfección industrial. (Risas) Porque es el principio del seguro; no se gobierna del todo; ni se está del todo en la oposición, y con el resto se compra la tranquilidad (Ovación).

Esa es la prudencia suma, esa es la madurez del arte. Ya conocéis el ciclo: madurez, ablandamiento, putrefacción (Grandes aplausos).

Si no hubiera en el mundo más que las oligarquías gobernantes y sus clientelas, eso sería perfecto; pero hay el interés nacional, y conviene que volvamos hacia él un instante los ojos, y lo primero que pasa es que eso significa el entronizamiento de la mentira íntegra, de la mentira en el meollo y en el ambiente, todo mentira. Nadie ha de ser lo que parece: ni el gobierno, ni la oposición, ni las autoridades, nadie, todo mentira. (Aplausos). No la mentira, siempre reprehensible, pero inofensiva de la indisciplina de la imaginación, no; una mentira con

casa puesta, que se ordeña de quien se vive, sin la cual ni un solo minuto puede seguir ese régimen, que no puede gobernar el que no tiene autoridad ni libertad para gobernar, el que tiene su vida en poder de otro y depende de otro. (Ovación). La autoridad no resulta compartida, resulta disuelta, y ese otro podrá venir, podrá tomar la contraseña a la puerta y sentarse en el sillón; pero no trae ninguna esperanza ni ningún prestigio, porque trae todas las responsabilidades, porque es causante de todo, y causante de lo que él haga es ya, por adelantado, el que le deja el puesto.

Ese es el sistema, sistema que, por lo mismo que descuartiza el principio de gobierno y suprime la autoridad, inaugura portazgos y peajes, que cobran la osadía o la baratería, y esas percepciones de tercero son el secreto a voces; pero, aunque no lo fueran, bien cuidan los alcalaleros de pregonarlas por la cuenta que les tiene con sus secuaces. (Estrepitosos aplausos).

Pues esto no lo ha inventado nadie, no lo ha deseado nadie, no lo ha proyectado nadie, y estoy seguro de que cuantos lo padecen anhelarían no soportarlo; pero es la consecuencia fatal, la lógica derivación de los antecedentes. Por eso lo digo, porque hay que enmendarlo, sin otra récrimination; porque yo no veo otra culpa que la de resignarse, que aclimatarse en el sistema. Esa es la culpa; no el sistema mismo, que no ha sido, repito, voluntaria y deliberadamente proyectado por nadie.

Y vamos a ver qué resultado da todo esto que he explicado hasta ahora, remontándome a las causas, porque siendo los partidos instrumentos de gobierno, al estudiar la situación de los partidos hemos ido a la fuente de los males, y vamos a verla manar y fluir.

Para que todo en él fuese grande, lo fué él mismo en su honrada equivocación, y lo han sido los demás en lo tremendo de la injusticia.

Alcalá Zamora.
(Liberal demócrata).

El imperio del cacique.

¿Cuál es la condición del ciudadano español? No hablo de la condición teórica, de la legal, porque esa es esplendente; por todas partes: recursos, garantías y amparo. En realidad, el ciudadano español vive sometido a un género de tiranías que no habían conocido los siglos, porque los más truculentos tiranos, no ya de la Historia, no ya del teatro, sino de la leyenda, por feroces que fuesen, tenían un radio de acción limitado, y los pobres diablos, y muchos que no eran ni pobres ni diablos, se libraban de la tiranía. Pero ahora no; ahora la tiranía está enroscada al cuerpo social en un contacto insolente con todas las partes de su cuerpo, porque es una jerarquía, porque empieza en la última aldea y acaba en lo más alto, formando una jerarquía tal, que cuando hay un tropiezo en la dominación del inferior, por grados, hasta donde es menester, se llega a la imposición suprema, con una potencia formidable; como que al cabo por el engranaje de obligaciones tiene que resultar apoyada la voluntad, la tropelía, el deseo, el impulso del último de los caciques de la última aldea con el más encumbrado personaje, que suele ignorar lo que apoya, pero que lo tiene que apoyar. Y ya lo he dicho: es una vinculación inversa: es la obligación superior de apoyar las cosas que han discurrido e implantado en inferior, con lo cual ya está dicho que ni aún queda aquel lenitivo de los límites que las personas de cierta categoría pondrían a sus propios desmanes.

El imperio del cacique muchas veces reside en personas dignísimas, en personas que socialmente merecen tener en su pueblo o en su comarca una gran autoridad social; pero esas mismas no pueden fiarse de ellas, porque si no se apoderan del cacicato, otros mil veces menos dignos que ellos se apoderarán, y tienen que hacerse caciques en defensa del que lo sería contra ellos. Quiero decir con esto que se generaliza el mal mucho más que la perversidad, y rinde los mismos frutos en ausencia de la perversidad, porque al fin y al cabo por engrane de unos con otros, se viene a parar en el que tiene un empeño ilegítimo, que es el que necesita el apoyo, el que acude a él, el que lo reclama y lo halla.

De aquí resulta que todo lo que es graciable, que todo lo que es potestativo, que todo lo que es discrecional en la administración y en el Gobierno, que es un sector

inmenso de potestad, y luego todo lo que es de estricto derecho, todo eso está subordinado al engrane de la influencia y de la recomendación y del empeño, y el conflicto resulta, según los hábitos y los cánones establecidos, de no satisfacer aquellas exigencias de la política, que así se llaman.

Pocas veces deja de estar en la sociedad un interés frente a otro; pocas veces deja de ser necesario el apoyo para asegurar el éxito; pero cuando no hay duda, ni ninguna competencia, ni ninguna dificultad, todavía el cacique necesita hacer constar que no se puede prescindir de él, y de eso, cuántos casos recordaréis cada uno de vosotros que os lo compruebe. De modo que en aquella, que es el derecho, que no está siquiera contradicho, hay que pagar una prestación feudal que no se abolió en la ley del año II; una prestación que se paga en dignidad humana, que es el rescate de los que han huído de la ciudadanía y se han ahorrado sus molestias; que luego pagan ese tributo al cacique. (Aplausos), porque necesitan su venia para respirar, para entrar en su casa, para sacar su carro, para abrir el portillo a la huerta, para plantar su árbol, para todo; porque si el cacique no interviene en eso, se acaba su prestigio en el pueblo y su autoridad.

Estoy hablando de gentes que tienen acceso al favor, con razón o sin ella; que han ido a pedirlo; pero estoy hablando de un puñado de personas, porque la multitud inmensa de los humildes, de los pobres, de los obreros, de los labriegos, de los aldeanos, eso es carne de cañón, esos no tienen favor, esos no pueden hacer más que una cosa: juntarse y amenazar; juntarse, no defendiendo su derecho, no, sino para imponer un albedrío a otro albedrío, un antojo a otro antojo, un poder desmandado a otro poder embravecido, y como eso es más fácil en los centros obreros que en el campo, ved la diferencia de trato que reciben unos y otros, porque el Poder público se ha hecho sordo a la justicia, pero dócil a la intimidación. (Aplausos).

Esto que he recordado, porque yo no he dicho cosas que todos no supierais, eso no necesitaría concausas para explicar la situación de España, porque eso es una losa de plomo que gravita sobre toda iniciativa, sobre todo propósito, sobre todo plan, sobre todo intento, sobre toda incipiente empresa, sobre empresas ya consolidadas y maduras; por todas partes están los escombros y las ruinas de esta desolación. El Gobierno y la autoridad y la Administración, ¿cómo se paran? Un extranjero que no hubiese saludado jamás a ningún habitante de España ni tuviese noticia de lo que aquí sucede, no sólo coger las leyes españolas quedaría edificado, porque hace medio siglo que se están haciendo las leyes, descalificando a la autoridad, y las descalifica poco, porque si le deja alguna facultad, al año siguiente está prostituida, y el ejemplo está muy a la mano.

Es decir, que la autoridad, que no puede tener en la ley una norma rígida, porque la vida es muy flúida y muy varia; que la autoridad, cuya esencia es la posibilidad del bien y de la justicia, que para eso existe, tiene que ser despojada de la posibilidad de hacer justicia y de obrar el bien, porque la ley no puede depositar ninguna facultad en manos de un magistrado, de un juez, de un funcionario cualquiera, y resulta la destitución de la autoridad, por principio, por norma, por regla, antes de que empiece a funcionar; y cuando empieza a funcionar, se halla con que la familia adulterina vive pared por medio de la familia legítima, y que al lado de la jerarquía oficial hay una jerarquía de cacicato, que abarca desde el alcalde pedáneo hasta Madrid, y que sabe que sino en un grado, en otro será necesario resolver a favor de sus pretensiones, por inícuas que sean. ¡Cuántas veces se confiesa que es lamentable, pero que no se puede evitar! Las cosas llegan a punto de que si no se puede a gusto de todos pisotear la ley, no se resuelve el asunto, se deja sin resolver. Pero ¿justicia? Nunca. La justicia no tiene vez en el turno, a menos que se trate de algo que nadie recomiende y a nadie le interese, que es haber dejado a la justicia una plaza de asilado o una cama en el hospital.

¿Cómo se proveen los cargos públicos? ¿Hay alguien que se extrañe de que los cargos públicos se provean por necesidades políticas y con entera independencia de la actitud de los funcionarios? ¿Se trata de cargos inferiores? Se hacen leyes organizando la carrera, y cuando viene el sucesor dice: «Aquí no nos han dejado nada; hay que

hacer una reorganización.» Y se hace una reorganización. Por lo menos, se adiciona y complementa algo; es decir, queda el troquel para seguir acuñando.

Digo vulgaridades, pero vulgaridades de suma importancia, porque ellas me van trayendo al fundamento de la conclusión final.

Supongamos, y esto ocurre muchas veces, ocurre frecuentemente, que no cabe mejorar el celo de los funcionarios. Todos hemos conocido y conocemos docenas de funcionarios, dignísimos, competentísimos, que si no eran competentes antes se han hecho competentes con su voluntad y su inteligencia. ¿Y qué? Estarán los meses que haga falta que estén para dar paso a otros y llevarlos a otra parte. La inestabilidad sola, sólo el hecho de que desde los ministros hasta los funcionarios directores de todos los servicios sean remplazados, no por razón de lo que es su cargo y su gestión, sino porque llega la hora de que entre la otra tanda, eso sólo basta para disolver una nación. No hay casa poderosa que resistiera diez años una administración por el estilo.

Y la incoherencia no es sólo por lo que se frustra la bien comenzada labor del que se va, es que además sugiere la bellaquería, que ya es endémica, de endosarle al sucesor las dificultades, que es la regla más seguida de conducta. Cosa que se pueda aplazar para que en mi tiempo no resulte, al sucesor va, y los sucesores van y vienen, porque son transeuntes. Lo único que permanece es España: ella esa es la que no pasa y la que vendimia todas estas cepas.

Se ha dicho alguna vez que aquella comunidad de los dos partidos da estabilidad y eso es una ilusión generosa. Todo lo contrario; ni siquiera dentro de una dominación hay continuidad ni en los ministerios, ni en las direcciones, ni en parte alguna. Dentro de una misma dominación, que suele ser bienal, rapidísima y fugaz por cada uno de los cargos pasan los criterios más opuestos y las temperaturas más destempladas sin transición higiénica. La única manera de que la inestabilidad se curase sería que en la función se permaneciese mientras la función se ejerza bien, y que la función no pasase a otras manos hasta que otro criterio, otra aspiración, otra necesidad; otro sentimiento hubiera de implantarse, y entonces en la acción de gobierno se operarían las ondulaciones mismas que en el flujo y reflujo de las sociedades; pero no este trashumante ir y venir, según las estaciones de Extremadura a León.

Su patriotismo, su entereza, su valor cívico no han sido discutidos, ni han sido desconocidos por nadie.

Maura merece el respeto que obtienen siempre las obras honradas, las obras sinceras, la expresión de una abnegación tan grande.

Francisco Cambó.
(Regionalista)

El Parlamento falseado.

Las Cortes. Las Cortes son en España una institución tan castiza, tan arraigada, que no sabrá imaginar nadie una Constitución política en que pueda prescindirse de las Cortes; pero las Cortes son la representación. ¿Y cometeré yo la simpleza de decir por qué y cómo en las Cortes no está la representación? No puede estar, porque para que estuviese tendrían que ser los partidos lo que no son, y ya he dicho cómo son los partidos, que son los que asisten a las Cortes y los que se confrontan. Pero es que había de estar en ellas la representación, y es una asamblea colegisladora y copartícipe en la soberanía de tal índole, que si no está presente un Gobierno firme, un poder superior a todas las concupiscencias y a todos los apetitos de intrusión que en la colectividad puedan surgir, la asamblea es una máquina de anarquía y una disolución de todas las responsabilidades políticas y morales (Muy bien).

Y ya he dicho que, sin culpa de las personas, quien quiera que ocupe los cargos, por el engranaje de los partidos y de las prácticas y de la constitución toda de la política, los Gobiernos no pueden tener esa fortaleza, de donde resulta que ni siquiera es verdad en las Cortes la ley de las mayorías, porque las prerrogativas que necesita una Cámara soberana o cosoberana, la inmunidad que necesitan los diputados y los senadores, las facultades reglamentarias que son garantía de las minorías, cosas sin las cuales sería una monstruosidad la organización teórica y legal de un Parlamento, están al servicio

EL SIGLO XX
COMERCIO DE TEJIDOS Y NOVEDADES



pone en conocimiento de su numerosa clientela y del público en general, que no se debe sorprender de anuncios callejeros y fantásticos, porque todo cuanto dicen no es verdad y la prueba es que no hay industrial ni comerciante que trabaje por amor al arte y de los duros a cuatro pesetas, no siendo falsos. Esta casa tiene demostrado que vende a precios sumamente económicos y presenta extensas colecciones en géneros de alta fantasía, habiendo recibido inmensos surtidos en artículos para primavera y verano. Confecciona toda clase de ornamentos para el culto divino, pudiéndolos vender a precios de la primera casa de España. No se dedica a saldos y para servir bien a sus clientes tiene establecido el precio fijo verdad. — PEREZ PUJOL, 4 Y 6.

de intereses que no son los nacionales, que en ocasiones no son siquiera los de un partido, que son a veces individuales, y delante de la imposición que se hace abusando de estos medios, establecidos para fines tan diversos, resulta que el Gobierno mejor intencionado, o tiene que renunciar a una ley de gran conveniencia pública, o tiene que mutilarla, haciendo su casilla al egoísmo osado, que protesta y reclama, o tiene que, para que pase, dar en conmutación alguna otra vergonzosa concesión en otra parte. (Aplausos).

Y así viene a resultar lo que sintéticamente demuestra lo que acontece en las Cortes hace muchísimos años, y es que siendo la misión capital de los gobernantes llevar la voz de las necesidades públicas y promover los gastos, siendo el natural cometido de los representantes del país regatear los recursos, las prodigalidades vienen de los que deberían representar a los contribuyentes, y tiene que resistir el Gobierno la dilapidación que resultaría si todas las aspiraciones que salen del seno de la Cámara prevaleciesen, y de esto bien reciente está un ejemplo que no tengo para qué citar.

La fiscalización es la mitad de la vida parlamentaria, es la presencia de los ciudadanos en la gestión delante de la obra de los Gobiernos; pero la fiscalización está influida por las mismas causas, y o no se hace, o se hace de tal manera que más de una vez quien necesita sincerarse es la fiscalización. (Aplausos). Como todo el mundo sabe las causas de las cosas y el por qué de las actitudes, resulta que una Cámara organizada para ser una representación de contrapuestas colectividades políticas, ideas, tendencias y aun pasiones, no es nada de eso; recuerda esas comedias de aficionados que se organizan en las tertulias, en las cuales, de puro estar todos en el secreto, ninguna representación logra eclipsar el nombre o el apodo del representante. (Risas). No hay sino ver la actitud del pueblo español cuando se abren las Cortes o se cierran. ¿Habéis advertido vosotros algún movimiento de esperanza al abrirse o algún desconsuelo por la clausura? Hasta hay quienes creen que con ésta gana la urbanidad. (Risas).

Pues con todo eso, tan hondo está el arraigo de las Cortes en España, que apenas hay un contacto de la tribuna con la opinión pública, recobra la tribuna todo su prestigio y todo su esplendor; porque esa es una institución que ni una ni dos generaciones pueden destruir; porque esa sí que está, igualmente que la Monarquía, integrada en el alma nacional. (Muy bien).

No dejo de sentir por Maura una sincera admiración, acaso mayor que la de muchos mauristas, y considero que es absolutamente necesario que vuelva a la política.

Considero injusta la campaña que se ha hecho contra Maura, y yo que viajo mucho por el extranjero, he propagado con ardor su extraordinaria valía, defendiéndole aun en el asunto Ferrer.

Doctor Pulido.
(Liberal Romanonista).

Los programas políticos.

He sido tan prolijo, porque creí necesario que todo el mal estuviese presente al preguntarme: frente a todo eso, ¿cuál es el ideal de España? Claro que el ideal de España es remediar todo eso, caminar al remedio de todo eso. ¿Cómo? Yo he presenciado personalmente durante siete lustros una gran parte del proceso degenerativo que he referido, tomándole de muy atrás, desde mucho antes de mi intervención en la política, y abarcando todo el tiempo de mi propia intervención en la política, y cuando oigo preguntar por programas, recuerdo los programas que a centenares yo he leído y oído. ¡Programas! ¿Qué quiere decir programa? ¿Una ordenación de la conducta? En ese sentido, ni siquiera la vida individual puede prescindir de programas. ¿Un florilegio de frases y generalidades y cosas que apenas duran hasta que se llega al Gobierno? Eso es lo que yo he visto marchitarse y florecer doscientas veces en el curso de mi vida pública. Recuerdo que en la primera legislatura a que yo pertencí ya oí discutir lo del remedio contra el despilfarro que en obras públicas resulta de ir las haciendo a medida de las conveniencias electorales o políticas. Yo no os digo más sino que penséis si en esos treinta y cinco años se ha adelantado algo, como no sea para agravar el mal. Pues en Instrucción pública, ¡cuántos escarceos, y cuántos proyectos, y cuántos decretos!

Y venimos a parar en que todavía no se ha dado un paso para que alguien haga además de renunciar a convertir la enseñanza, lo mismo la instrucción primaria que la enseñanza secundaria, que la supecaptación, de propaganda, de egoísmo, de partido o de fanatismo de secta. ¿Del interés pedagógico, de los resultados pedagógicos? No; de las categorías, de personal, de las combinaciones, de las clases, de los sueldos, de todo eso que son conexiones de la clientela, que está representada en el Gobierno; pero el interés público, popular, verdadero de la enseñanza, la fase pedagógica, esa está constantemente eclipsada, siendo el único norte, la única nota de unidad en todo el desbarajuste de la legislación de instrucción pública.

La Hacienda. Yo he presenciado la obra de Camacho, y la de Gamazo, y la de Villaverde, la de tantos otros. Asomaos a la Hacienda, y veréis qué queda de aquello. ¿Por qué? Porque es inútil, a la larga por lo menos, que se desvelen los hombres mejor intencionados, los más aptos; es inútil mientras gravite sobre la Hacienda la máquina incoercible de los despilfarros, que es el conjunto todo que os he presentado hasta ahora, desde el ciudadano, desde la autoridad gubernativa, hasta las Cortes, mientras el Gobierno tenga que estar a merced de todas esas capitulaciones de que os he hablado antes, que son condición de su vida, que le impiden defender verdaderamente el interés público, aunque quiera. El remedio en la Hacienda, muchísimo más que en el plan de ingresos está en la administración, y la administración no se puede organizar sin que se remedie lo más radical, y yo añado, sin que además se organice la administración local sobre bases completamente diferentes de las que ahora—si es que alguna base rige—imperan en España.

La reforma en el ejército.

Pero esto se agrava cuando se trata de la defensa nacional, porque con estar mucho más lejos del egoísmo de los partidos los institutos armados, vez lo que pasa: el Ejército español, las fuerzas terrestres militares tienen el reflejo de vicisitudes históricas que principalmente atañen a la vida política y a los partidos. Porque universalmente se ha reconocido su necesidad, se ha intentado cien veces, mil veces el remedio.

Yo no sé cuántos planes de organización he visto, o presentar, o aprobar, o emplantar. El mismo número es ya una prueba de la ineficacia. Yo no sé que haya habido reforma, ni creo que pueda haberla, que, atendiendo a la conveniencia pública del Ejército mismo, en su colectividad, no cause desazones, no intranquilece, aunque respete todos los derechos, que no ataje esperanzas, fundadas, expectativas. Pues bien; todavía no he presenciado yo que, al perseguirse algún fin patriótico, de reforma del Ejército, por algún ministro de la Guerra, de los innumerables que lo acometieron; todavía no me ha sido dado presenciar que los demás partidos no estuvieran al acecho de la utilidad que les podía reportar la perturbación que se produjese, con lo cual está dicho que tienen bien aprendido todos la dificultad de acometer ciertas cosas; por lo que resultan las reformas limitadas, parciales, ineficaces; por donde resulta el sistema de adiciones, eludiendo todo lo que sean reorganizaciones enojosas, y, al cabo de muchos años, la desproporción pasmosa entre el sacrificio y el rendimiento en fuerza militar.

Me permito decir que somos muchos los que reconocemos las dotes admirables que en el Sr. Maura concurren; que somos muchos los que nos dolemos de ver esas dotes infructuosas para el bien de la patria, por el empeño del Sr. Maura en colaborar en un régimen liberal que lleva en sus entrañas la muerte misma de la nación.

Manuel Senantes.
(Jefe de los integristas).

La independencia naval.

Otro tanto ocurre con las defensas navales. Hace ya veintiocho o treinta años de esto en los albores de mi vida pública, me preocupé de esta cuestión, y hasta la segunda vez que desempeñé la presidencia del Consejo de ministros no pude colocar sino la primera hilada de lo que habían de ser los cimientos de la mejora; y, ya lo habéis visto, de aquello sólo ha quedado lo que no ha podido deshacerse.

España está indefensa. Lo ha dicho recientemente un ministro, y no era preciso que se molestase, porque lo

Sabe todo el mundo. ¿Qué trascendencia no ha de tener la indefensión? Implica la más indefinible de las responsabilidades.

Quiero decir, en suma, que la experiencia de toda mi vida acredita como cualquier programa, cualquier propósito, cualquier mejora, la proclamación de principios, las reformas todas, resultan obra ilusoria o fantástica mientras no se corrija fundamentalmente la causa de los males. Lo primero es la monda y desinfección del lagar. (Muy bien, grandes aplausos).

¿Cómo? De la manera más evolutiva, más viable, menos áspera. Yo lo intenté con la confianza del partido conservador; presentamos leyes, reformas, muchas cosas que, en conjunto, significaban ir derechamente a eso.

Y era la reforma electoral, no sólo de la ley, sino de su práctica, de cómo practicamos nosotros la elección; y lo que se hizo en la ley electoral todavía no ha podido ser del todo arrasado. Y la reforma de la justicia municipal, que con mejor intención y más abnegación y más dejación de todo interés de partido no se ha podido por nadie imaginar se le ha hecho la prueba recientemente en la comisión de Códigos. Y la vida parlamentaria, reintegrada a su normalidad, casi constantemente en funciones en las Cortes; y defendida la autonomía del Poder público; y trazada, a través de la manigua, la carretera de la reforma local. (Grandes y repetidos aplausos.)

La reforma local, que tenía por objeto la administración local misma, pero todavía más lo que llamé *descuaje del caciquismo*, y lo seguiré llamando mientras viva y mientras yo aliente, porque ese es empeño que no he de abandonar (Grandes aplausos). Y la reforma de la administración del Estado, reforma que es imposible sin haber hecho la reforma de la administración local. ¿Y qué pasó? Ya lo sabéis. Admiraban muchos mi impaciencia, la paciencia años tras años delante de una obstrucción que se ha llamado retardación, que esto lo ha visto todo el mundo, y mi paciencia no se acabó; se acabó antes la paciencia de los que esperaban sucederme. (Grandes aplausos.) Y vino en 1909, completado por 1913. Y ahí están apiñados los unos y los otros, y yo aquí. (Prolongados aplausos.) Este es el hecho. De modo que la experiencia de la evolución en los organismos gobernantes, otro lo haría mejor; yo lo hice lo mejor que pude, y fracasé. (Aplausos.) ¿Qué procede? ¿Variar de propósito? ¿Un programa nuevo? ¡Ah!; pero eso sería entonces una obra poética, porque la realidad es la misma, y los programas que no dicta la realidad no se deben llamar programas, sino trampantojos.

Hoy como ayer.

Los males son los mismos; no se ha aplicado el remedio ni se lleva camino de pensar siquiera en aplicarlo; luego hay que persistir en el mismo propósito, porque cuando se haya logrado el primer paso quizá no hay que preocuparse del segundo, que brotará solo. Claro es que cuando yo hablo de la enmienda y del primer paso no quiero que nadie crea que me pongo en el número de los que dicen cosas imposibles, y es absolutamente imposible improvisar la enmienda. Lo único que se puede hacer, puesto que habéis visto la extensión del mal, es invertir los derroteros, es caminar hacia la enmienda, en vez de caminar a la consolidación del mal; pero las etapas, pero las dificultades, pero las luchas serán incalculables, porque, ya veis que es la organización entera, que es el ambiente entero el que hay que variar.

¿Y quién ha de hacer la reforma? ¿En qué se va a apoyar la reforma? Ahí está la Corona, fuerza altísima, soberana, inexcusable para toda obra nacional y para todo bien público, pero a la cual hay que presentarse con el apoyo de la opinión. (Muy bien).

De modo que es esa opinión pública la que tiene que traer nueva savia a los partidos gobernantes, la que tiene que regenerarlos e impedir que prevalezca en ellos, sobre muchos cuya buena intención no ofrece duda alguna, aquel otro elemento que en los partidos medra a medida que ellos se apartan de ser sectores sociales y se convierten en gremios profesionales.

El maurismo.

Por eso el movimiento del cual son estas conferencias una parte, a mi entender, nunca será suficientemente elogiado. Por eso creo yo que los que en él intervienen, muchos de los cuales son ahora muy jóvenes, en el oca-

so de su vida, Dios muy larga se la conceda, con ufania recordarán que tuvieron parte en la aplicación de este único remedio de los males de la Patria. (Aplausos). Una sola cosa podría empañar su satisfacción: el nombre que han dado a este movimiento tomándolo de mi apellido. (Denegaciones). No hallásteis manera sintética de definir su significación sino ésta, que, como cosa transitoria, puede pasar, pero no más que transitoria, porque no ha habido nunca movimiento político más impersonal. Yo ni siquiera he asistido a él, y aunque hubiera muerto, cuando ni siquiera quede memoria de mí, seguirá siendo verdadero y salvador para la Patria el principio que defendéis. (Grandes aplausos).

Este movimiento tiene que intensificarse, tiene que generalizarse, tiene que proseguir y organizarse, tiene que buscar el contacto social en todas partes y por toda clase de medios. (Muy bien). Porque no olvidéis que lo que perseguimos no es un trastorno, sino una enmienda que evite un trastorno. No perseguimos derribar a un Gobierno ni alcanzar el Poder. (Muy bien). Perseguimos la modificación de todo el ambiente de la vida pública española, la dignificación de la vida nacional. Esa es una obra en la cual caeré yo, y caerán otros más jóvenes que yo, y pasarán sobre nuestra tumba otros muchos, y habrá que proseguir la obra, sin que esto haya de desalentarnos, porque con sólo asociarnos al propósito, resultaremos compensados y ennoblecidos. (Aplausos).

A esta obra deben asociarse, yo estoy seguro de que se asociarán, vengán de donde vengán, todos los convencidos, todos los que crean lo que creemos nosotros, no más que ellos, porque la experiencia de las fuerzas heterogéneas la tengo hecha ya de sobra. (Muy bien).

Los que crean que por el camino que se sigue hay salvación, no deben vacilar; es mucho más cómodo mientras dura. (Muy bien). Los que tengan en el fondo de su espíritu alguna concupiscencia, aunque sea callada, que no vengán a mi lado, porque yerran la vocación. (Grandes aplausos Ovación). El empeño es íntegramente conservador, esencialmente conservador, porque es restaurar la efectividad de las instituciones constitucionales, de las instituciones legales, y restituir a las cosas la esencia que corresponde a su nombre.

Porque además está España en uno de aquellos trances en que sólo es conservadora la farma; pero esto no significa que no haya una primera etapa, que es la etapa inexcusable del ideal inmediato, que no permite que en otros se sueñe, para lo cual nosotros tenemos derecho a esperar la cooperación y el apoyo de todos los que no estén bien avenidos con el estado presente de las cosas, de todos los que juzguez que por el camino que se va no se camina sino a la perdición. (Muy bien). Aludo principalmente a las fuerzas de la extrema derecha. (Muy bien); pero aludo también a las de la extrema izquierda, en el sentido de que por mucho que perseveren en sus convicciones y en sus propósitos, a mí me parece que desde la extrema izquierda debe haber hombres bien intencionados que se sientan socios nuestros en la dignificación de la vida pública y en la pureza de las intenciones. (Grandes aplausos).

La conflagración europea.

Así estaba la política española, señores, cuando estalló la conflagración europea. Entonces se centuplicó el apremio de los olvidados deberes patrióticos, y por de pronto se iluminó como una centella el abismo al borde del cual ronca la nación española. Claro es que de eso hemos de hablar, aunque os fatigue (No, no,) y yo mismo me canse.

Indudable, de todo punto indudable que España no tenía que participar en las hostilidades como no fuese agredida. ¿Por qué había de participar? España no había contraído compromiso alguno que a ello le obligara, ni tenía siquiera títulos para terciar en la contienda. ¿Para qué hemos de buscar más razones?

Por esto me causan la sensación que me causan, y que no explicaré, los fingimientos, o grotescos o repulsivos, como si se estuviera deliberando entre ir o no a las hostilidades. Eso de no ir a las hostilidades no es, aunque se haya dicho muchas veces, una política: eso es una perogrullada. (Grandes risas).

La política de la neutralidad comienza de ahí para adelante; para preservar los intereses y los derechos de España, enorme, inminente, gravísimamente conmovi-

dos y amenazados por el conflicto europeo; para cumplir la misión de los neutrales entre los beligerantes; para prevenirnos para la hora en que terminen las hostilidades; esos son sectores de la política de neutralidad: empeños pavorosos en la ocasión actual, porque como nunca (por las circunstancias y la manera como se ha trabado el conflicto, y por haber entrado en él las principales potencias de Europa), como nunca la neutralidad resultaba esta vez huérfana de aquellos altísimos valimientos que en otros conflictos guerreros del pasado siglo tuvieron las neutralidades. De modo que, más que nunca, más que en otra ocasión alguna, el estado de cosas en que la guerra europea sorprendía a España era lamentable; que si tal estado de cosas no fuese, acaso la Providencia hubiese deparado a España en Europa una misión y un papel que restaurara antiguas glorias, antiguos prestigios y antiguas preeminencias en el concierto de las naciones. (Muy bien.)

Pero no soñemos; que ahí está la realidad, ya culminante, que sufre la economía nacional. España tenía que expiar en la ocasión presente el descuido en que había tenido la independencia económica. A mediados del pasado siglo, terminada la primera guerra civil, ciertamente hubo necesidad del capital extranjero para impulsar la riqueza pública en España, y sería imperdonable que al capital extranjero, que vino a desenvolver la riqueza pública y la cultura de España, no se le guardasen todos los respetos, no sólo los respetos jurídicos, sino los respetos de la benevolencia. Pero eso no obsta en lo más mínimo para que desde el primer día se hubiese debido perseguir, y se deba perseguir aún, el rescate de la independencia económica nacional. Lo que hay es que esa es una obra lenta, esa es una obra de generaciones, es una obra en la cual no ha habido partido gobernante, colectividad política de las que he descrito antes que tuviese estímulo bastante. Al contrario, los acomodadores de los visitantes capitales extranjeros eran los mismos que debían hacer la recuperación de la independencia económica nacional. Y a la hora en que estaba perturbado todo y en que era más difícil todo remedio comparecieron todas las quejas, todas las deficiencias, la fe de erratas de medio siglo, y por eso tantas aspiraciones, no siempre unas con otras concertadas, ni todas ellas con la posibilidad, pero todas atestiguando hasta qué punto habían hecho su camino por separado el Estado español y la vida económica nacional.

A la hora presente, lucros intensos, actividades extraordinarias de la economía nacional, provienen de la guerra, y claro es que el interés individual propende a aprovechar esto, y por de pronto mitiga la crisis; pero eso cesará de repente, y en la ordenación de todas las previsiones y en la reconstitución de todos los organismos para defender hasta donde sea posible el interés nacional a la hora tremenda en que terminen las hostilidades y se haga el balance económico de la guerra, para eso haría falta una compenetración, una íntima comunidad entre gobernantes y gobernados, que en España no es que no haya ahora, sino que hace muchísimos años, muchos decenios que no existe.

Y esto ha sucedido con el crédito, porque el crédito, en la primera semana de la guerra, después de la guerra o en las primeras semanas después de la guerra, recibió una herida incurable, una herida que no se repone, que no habría recibido si esa compenetración entre el Poder público y las instituciones hubiese existido.

Del Muluya al Lucus.

Mi fatiga y la hora me obligan a apresurar el paso. Quiero hablar de Marruecos; necesito hablar de Marruecos. Públicamente, en las Cortes, tengo dicho mi concepto sobre la política de España en el protectorado de la zona española. Yo no me quiero ahora detener, puesto que está escrito, aunque pensaba esta tarde recordar las líneas fundamentales, en explicar una diferencia substancial que muchos no quieren advertir entre las posesiones españolas, como Melilla y Ceuta, y la zona de protectorado. Yo no quiero detenerme a aclarar, aunque la tergiversación ha corrido mucho, que cuando yo he dicho, y repito, que el interés de España en su zona no es paralelo ni semejante al interés de Francia en la zona francesa (y para eso he dado como expresión sintética que para España la zona era un litoral), yo no he querido decir que España se ausente de todo lo que no baña el agua; he dicho que el interés de la zona española es que

en la costa no se instale potencia alguna que no sea España. (Grandes y prolongados aplausos).

En el año 14 hubo un largo debate parlamentario en que, casi por unanimidad, se reprobó el planteamiento del protectorado en la ocasión única en que ese planteamiento se pudo hacer, y se dibujaron las incalculables consecuencias de haber establecido en el ánimo de los marroquíes la idea de que íbamos en son de conquista, suscitando todas las dificultades, para cuyo vencimiento fué muy requerido el Poder público, sin que a la hora presente se haya logrado nada; va para más de un año y no se ha podido, y el no haberse podido prueba qué responsabilidad fué la que se contrajo al plantear de ese modo la política del protectorado.

Si me preguntáis cuál es hoy el hombre más respetado, más admirado, más venerado en España, os diría sin vacilar que lo es Maurra. Todo el mundo habla de él con respeto, hasta con admiración, y más aún que sus correligionarios políticos, sus adversarios. Es el sentimiento de reverencia que produce un hombre que no pospone ideales y convicciones al mero disfrute del Poder.

Miguel Unamuno.

Tánger para España.

Pero yo en eso no necesito insistir, porque lo he tratado ya. Insisto en una convicción, que tampoco procede de este tiempo, que he tenido siempre: la de que Tánger no puede ser más que español. (Estrepitosos aplausos).

Esto no lo opino ahora, porque el Tratado de 1904, cuando presidía yo el Gobierno, deja a Tánger en la zona española, (Se reproducen los aplausos), porque en 1905, cuando se iba a la conferencia de Algeciras, dije, y no lo ha contradicho nadie, que España no podría consentir que desde el Muluya a Larache hubiese un grano de arena que, al dejar de ser marroquí, no fuese español. (Ovación).

Porque en 1907, antes que consentir que se debilitase el derecho y la necesidad de España de estar en Tánger, preferí no entenderme con el Gobierno francés, y no hubo inteligencia, porque a eso no podía yo prestarme. (Aplausos prolongados). Porque cuando se iba a negociar el Tratado de 1912, si no en la calle (donde no era necesario), donde hacía falta se supo que yo entendía que sin resolver primero la cuestión de Tánger, no se podía tratar. Y ha venido la realidad, y la realidad está demostrando una cosa que ha sido siempre evidente para mí, y es que con la zona internacionalizada, o como se llame, anárquica, con la zona asignada alrededor de Tánger, España no puede cumplir su misión en esa zona.

Es absolutamente intolerable la obligación de España en la zona si al lado está esa frontera, casi tan grande como el confín de Guipúzcoa. Y es que Tánger mismo, entregado a las intrigas, a las ambiciones, a las disputas, a las peripecias de la política exterior, en su solo puerto y en su rada, encierra todos los conflictos, todos los problemas, todos los azares de la cuestión marroquí, siendo estéril cuanto haga España en todo lo demás si Tánger queda entregado a ese incierto y azaroso protectorado. (Muy bien; muy bien). Y es que Tánger no puede ser más que español, porque Tánger español no altera el *statu quo*; porque nosotros estamos alrededor de Tánger; porque teniendo Tánger nosotros, no varía nada y quien quiera que lo tenga, significa una perturbación incalculable en toda la economía de intereses, de influencias, de recelos an el Estrecho de Gibraltar.

De modo que no de ahora, sino de siempre, sigo manteniendo que España no puede renunciar a Tánger. Toca a los Gobiernos decidir las ocasiones y los modos. Claro es que no harán sino lo posible, y seguramente hará cuanto imaginen, en servicio de la Patria, con celo y patriotismo, que en eso seguramente nadie pretenderá excederles. A nosotros toca mantener viva la reclamación y hacer pública protesta de que será mutilado y atropellado ese derecho español si Tánger no pertenece a España. (Grandes y prolongados aplausos).

Fidelidad de actitud.

En el año 1907 tuve el honor y me cupo la responsabilidad, que reivindicó entera, de suscribir los acuerdos de Cartagena. Alrededor de aquellos acuerdos con Francia y con Inglaterra, no recuerdo que hubiese protesta considerable, aunque ya sé que en España es muy difi-

cil la unanimidad en cosa alguna: la mayor cantidad de unanimidad que cabe en España creo que había alrededor de esa política. ¿Por qué? Porque los acuerdos de Cartagena no fueron una invención, no fueron una teoría, no necesitaban ser un deseo: eran el reflejo de una realidad, de un conjunto de realidades incoercibles, imperativas, evidentes.

España, en el Occidente del Mediterráneo y en la costa atlántica tiene la situación que esos acuerdos definen de comunidad de intereses con Inglaterra y con Francia y la recíproca promesa de mantener y trabajar en pro de esa comunidad y de ese *statu quo*. No era una política que se le hubiese ocurrido a aquel ni a ningún otro Gobierno. Respetando todas las opiniones, ya comprendo yo que haya quien opine, quien crea que a España le podría convenir otro género de conexiones; pero yo a esos les recomiendo una cosa, y es que adviertan que para tener el derecho de elegir hay que cuidar primero de integrar la plena personalidad y de vigorizar interiormente el albedrío para que funcione, y cuando se tenga la libertad de optar y la fuerza de resistir será el deliberar y el decidir; porque mientras tanto yo digo que en 1915, como en 1907, los intereses de España, en lo que se refiere al Mediterráneo y a las islas y a la costa del Mediterráneo y el Atlántico, que interesan a España, las cosas están como estaban, subsisten en la misma coordinación de intereses y en la misma dinámica de previsiones y de riesgos, y que, por lo tanto, hoy habría que volver a suscribir el pacto de Cartagena. Cuando estalló el conflicto, España tenía esta situación, no tenía otra; hoy tiene esta situación, no puede tener otra, y, sin embargo, tal concepto se ha dado a la neutralidad, que se han sembrado a la derecha y a la izquierda agravios, prevenciones, hostilidades, de las cuales no sé qué dificultades adicionales podrán presentarse en la solución del conflicto y de los intereses españoles, sin que haya habido una mano benévola, una mano piadosa que haya mostrado a la muchedumbre cuál era la situación del Estado español, cuál era la situación de España entre las naciones y cuáles eran los motivos por los que ocupaba esa posición que de ese estado se derivaba. Resultando que cuando el conflicto en toda Europa, lo mismo entre beligerantes que entre neutrales establecía unanimidad entre los partidos más opuestos y salvaba los mayores abismos en la política interior de cada nación, en España el conflicto internacional era un transparente, sobre el cual proyectaban sus gesticulaciones los egoísmos de los bandos y hasta de las personas.

La Providencia, que no ha querido que ningún ser humano fuera perfecto, como compensación de tantos dones pródigamente otorgados a Maura, no le concedió convencimientos que le permitieran dirigir en nuestra Patria las huestes políticas de la izquierda, en cuyo caso hubiera sido único e indiscutible.

García Prieto.

El pueblo no está representado.

¿Será que España, como alguien dice, sienta menos el patriotismo que las demás naciones, donde a la hora presente no se está riñendo una lucha de Soberanos con Soberanos, sino que se está asistiendo a una residencia de las civilizaciones interiores de los Estados para juzgarlas por el fuego, conmoviéndose absolutamente todos los convencimientos y todos los intereses políticos, y sobrenadando y descollando y exaltándose y agigantándose el concepto de la Patria? ¿Será posible que ahora sea España la que no tenga patriotismo? La sola pregunta, el solo hecho de haberse dicho tal cosa, ya es para que nos preocupemos hondamente. Hay, en efecto, en España una cosa que hemos heredado.

El patriotismo es un afecto, un amor; los afectos personifican el objeto amado, y el amor patrio tiende a personificar la Patria en el Estado. Pero en España el Estado no es el ciudadano. El ciudadano está acostumbrado a ver en el Estado la suma de las cosas enojosas, vejatorias, desniveladas, desagradables, ofensivas, y está con él, en un divorcio tácito, pero nativo, pero constante, pero disolvente. (Muy bien).

Hay en España una cosa que tiene gran prestigio, y es el tricornio de la Guardia civil. Analizad ese sentimiento: detrás del tricornio de la Guardia civil, el pueblo español no ve la soberanía ni el Estado, ve a un hijo del

pueblo armado para el servicio del bien, y cuando hay un favor o una necesidad pública atendida, el favorecido, el servido, no lo agradece al Estado; se interpone un valedor, un mediador, a quien se agradece y se paga en votos o en adhesiones; pero se agradece y se reconoce, no una soberanía, sino un intermediario. Todas estas cosas han ido disociando, apartando, enfriando, enajenando en el corazón español al Estado, y es claro que para concebir la Patria amada, personificada, concreta, sintética al lado de un Estado que repugna, hay gran dificultad, sobre todo en la expresión.

El Sr. Maura es un hombre de excepcionales cualidades morales, que ha salido con el corazón ileso de la ciénaga parlamentaria. Su inteligencia es reconocida por todos; pero no sé si ve clara su situación en este momento. Si llega a volver la espalda a donde todavía tiene vueltos los ojos ¡qué grande sería!

Vázquez de Mella.

Gobierno sin opinión, no es Gobierno.

Esta falta de identificación, que es tradicional, al ocurrir la conflagración europea, se centuplicó en su magnitud y en sus estragos, porque, a la hora de la crisis bélica actual, España no puede tener más voz ni más gestos que su Gobierno; España no existe más que en su Gobierno para las naciones extranjeras; no puede aspirar a nada ni pretender nada que no sea por conducto de su Gobierno. Y si España no asiste con sus anhelos, con sus reclamaciones, y también con su confianza, España estará ausente, pero pagará las costas, porque nadie puede buscarla sino en su Gobierno. De modo que, a la hora presente, el Gobierno y la nación recíprocamente se necesitan: el Gobierno, para vigorizar y dar energía y peso a su palabra y a su acción; el pueblo, para tener asistencia en sus necesidades, en sus derechos y en su porvenir. Y en estos momentos se hace cuanto se puede para que no se hable de ninguna cosa que importe a la política exterior; se recomienda el silencio y se busca con ahinco. Es decir, que cuando tocan a fuego, no se inquieten los vecinos, porque a fuego está tocando Europa, y a España pueden alcanzarle muchas consecuencias del incendio, y, sin embargo, al Gobierno todavía le ha parecido poco el aislamiento habitual en que vivimos.

La opinión dicta. Final.

Si ahora, en circunstancias como las presentes, la predicación del silencio encuentra eco; si ahora no sale de su inacción y de su retraimiento la parte inmensa de la sociedad española que no se ocupa de la cosa pública, yo no sé para cuándo vamos a esperar la enmienda de esa causa originaria y común de todos los males de la nación española.

A mí me toca decir, y con esto concluyo porque las fuerzas no me alcanzan a más, que para las naciones no es potestativo desentenderse en una hora determinada en la relación exterior.

Que no hay yermo adonde se vaya una nación, ni hay vacaciones para la vida internacional; que llegada la hora, como es la hora presente, a esta generación, que como cualquiera generación, es apenas vaso bastante para contener las esencias seculares de la tradición y de la vida nacional y el alma de la nación española, a esta generación le puede caber tan sólo, no el cortar la existencia de la Patria, porque el suicidio no siempre se consuma, pero sí el cubrirse de infamia; porque si la nación, en un momento crítico como el presente, no sabe definir su voluntad, asociarse al Poder público, imponerse al Poder público y dictarle sus determinaciones, pero alentarle al mismo tiempo con la plenitud de su confianza, pasará a la Historia con un recuerdo de execraciones, cuya sola sospecha agota el sonrojo del semblante. (Grandes y prolongados vivas y aplausos. Ovación delirante.)

Con objeto de dar íntegro el discurso de nuestro ilustre jefe, nos hemos visto obligados a retrasar la salida de este número, que suponemos nuestros lectores lo darán por bien compensado.

LA SOLEDAD

POMPAS FÚNEBRES

Corrales de la Rua, núm. 8.-SALAMANCA

Es la casa principal y mejor montada, haciéndose recomendable por sus buenos servicios, seriedad, confianza y económicos precios.

Tiene féretros, coronas, pensamientos, cintas, carrozas de luto y gloria andas imperiales, cámara mortuoria, sales desinfectantes, cera, etc., etc.; encargándose de todo lo concerniente a funerales, aniversarios, traslado de cadáveres y restos, esquelas, recordatorios, lápidas, etc., lo mismo en la población que fuera de ella.

(Corresponsal de las Pompas Fúnebres de Madrid)



MAQUINARIA
AJURIA y ARANZABAL

— SOCIEDAD ANÓNIMA —
AGRÍCOLA

FABRICAS EN VITORIA Y ARAYA

Sucursal: Salamanca, Paseo de la Estación

Esta casa vende toda clase de maquinaria concerniente a la agricultura.

Hay piezas de recambio para toda la maquinaria de la casa y mecánicos gratis para dar instrucciones.

Precios económicos y facilidades en los pagos

La Unión y el Fénix Español

COMPANÍA DE SEGUROS REUNIDOS

Capital social: 12.000.000

de pesetas efectivas

completamente desembolsado.



Seguros sobre la vida.

Seguros contra incendios

Cuarenta y ocho años de existencia.

Subdirector en Salamanca: Don Andrés Pérez Cardenal

PLAZA DE LA LIBERTAD

AURORA

COMPANÍA ANÓNIMA DE SEGUROS.

Capital suscrito. 10.000.000 de pesetas.

Capital desembolsado. 3.000.000 de pesetas.

Efectuados los depósitos y funcionando de acuerdo con las prescripciones de la ley de 14 de Mayo de 1908.

AUTORIZADA POR REAL ORDEN DE 7 JULIO 1909

Seguros incendios. { Edificios, industrias, mobiliarios, cosechas, etc.

Subdirector en Salamanca: D. RAFAEL BEATO Y SALA-ABOGADO DOCTOR RIESCO, NUM. 19

AUTOMOVILES "CLÉMENT-BAYARD,"

Representación para Salamanca y Zamora

"FORD"

REBAJA DE PRECIOS

| | |
|---|-------------|
| Torpedo (dos asientos). | 4.775 ptes. |
| Doble factón (cuatro asientos). | 5.150 — |
| Landulet (seis asientos). | 6.750 — |

Completamente equipados puestos en Madrid

GRAN TALLER DE REPARACIONES

Depósito de aceites Vacuum Oil Comp.—Gasolinas, Motorina y Clavileño.—Faros linternas, etc. D'Autroche-Vallée.—Soldadura Autógena.—Automóviles de alquiler.—Montajes eléctricos

MONEO HIJO Y COMPAÑIA Constructores mecánicos S. F. M. S. C. A.

AGUAS AZOADAS

Curación de los catarros bronquiales, pulmonares, de la garganta y de la nariz . . De iguales efectos que las aguas de Panticosa . . Se envían folletos y tarifas a quien les pida : : : : : :

INHALACIÓN-PULVERIZACIÓN-AGUA EN SIFONES

INHALACIONES MEDICAMENTOSAS

Tratamiento de la Tuberculosis y de la Tos-ferina.

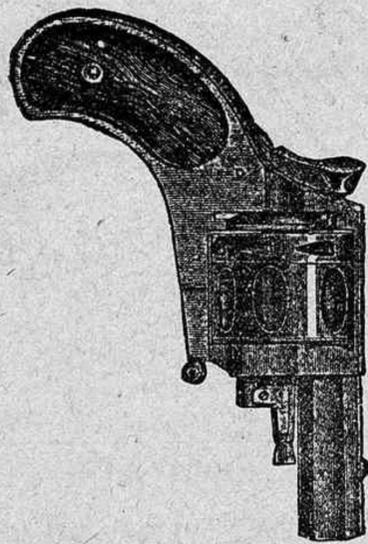
CALLE DE ZAMORA, NUM. 26.—SALAMANCA



CASA CÁRDENAS

San Pablo, 15. - SALAMANCA

Guarnicioneria - Armeria



Articulos de viaje

ARMAS DE LAS MEJORES MARCAS ..
POLVORAS, MUNICION Y CARTUCHE-
RIA CARGADA POR LA UNION ESPAÑO
LA DE EXPLOSIVOS .. ARTICULOS PARA
CAZA, SPORT Y AUTOMOVIL .. IMPER-
MEABLES, BASTONES Y RECLAMOS ..
TODA CLASE DE OBJETOS DE VIAJE ..
BOTELLAS Y FIAMBRENAS THERMOS ..
MAQUINAS DE AFEITAR, BROCHAS Y
JABONES .. NAVAJAS MARCA DOLIN-
::: ::: GEN .. PIPAS AMBAR ::: ::: :

NUEVA TINTORERÍA MADRILEÑA

DE

MANUEL COLEYA

Casa de confianza en limpiezas en
seco .. Trabajo esmerado

García Barrado, 32. — Salamanca.

GARAGE MODERNO



Fábrica de ra-
diadores .. Co-
cheras indepen-
dientes .. Solda-
dura autógena:
Limpieza por el
oxígeno .. Re-
paraciones en
toda clase de
motores y cons-
trucción de ca-
.. rrosseías ..

■ ■
: Paseo de la Glorieta :
Salamanca

LA IMPERIAL GRAN ZAPATERIA

La casa que más barato vende en Salamanca.
Precios sin competencia. Inmenso surtido en
calzado de todas clases. Especialidad en el de
ujo y pisos de goma. Antes de comprar visitar
esta casa.

NO CONFUNDIRSE

Doctor Riesco, 13 y 15

Perfumería Floralia

Granada, 2 - Madrid



POLVOS DE ARROZ

“Rosas de mi Jardín,”

Muy finos, adherentes e invisibles

50 CÉNTIMOS CAJA

De venta: En las principales perfumerías y droguerías.

Exclusivo en España

PRUDENCIO SANTOS BENITO